

Crítica de arte

LAS ULTIMAS EXPOSICIONES

Suprarrealismo

Cuando fué lanzado en Brujas, en 1924, el *Manifeste du Surréalisme*, no se establecía en verdad una nueva teoría estética. Lo que se estaba haciendo era afirmar de una forma concreta la fuerza y el impulso incontrolable del pensamiento—ajeno a toda preocupación estética o moral—sobre la obra de arte.

Según Breton, uno de los más apasionados teorizantes de esta escuela, el suprarrealismo equivale al automatismos psíquico que se propone expresar, sea por escrito, sea de cualquier otra manera, el funcionamiento real del pensamiento.

Es indudable, pues, que la cosa no data de 1924. Lo que ha ocurrido es que con el psicoanálisis de Freud se ha dado a esta tendencia del *realismo absoluto* una especie de sistematización. Por eso, su influencia empieza a vislumbrarse primero en las obras literarias, más aptas, como es natural, a la especulación psicológica y—sobre todo—a la interferencia de la realidad con el sueño. Y se hace, por tanto, literatura *surrealista* como antes se había hecho naturalismo o romanticismo. Lo que no quiere decir que el suprarrealismo, el naturalismo o el romanticismo no se hallen fuera de esas determinadas épocas.

Ha habido *surréalisme*—a decir de los teorizantes—en Dante, en Shakespeare, en Chateaubriand, en Víctor Hugo.

En el campo de la pintura encontramos la ensoñación, que está más allá de la realidad, en Rafael, en Leonardo—estudiado en sus reacciones anímicas por Freud—que nos cautiva por su inquietante atmósfera, en Brueghel el viejo, en Schongauer, en Hans Baldung, de quien los pintores modernos han aprendido el arte de reproducir minuciosamente los más insignificantes detalles. Y en Durero con sus composiciones complicadas y Goya con sus *pinturas negras*.

Las influencias que se manifestaban sutilmente en todos los grandes creadores del pasado han sido encauzadas y puestas a luz en nuestros días. Algunos artistas de pasión encendida, Max Erns, André Breton, Dalí, Ivan Goll, Pierre Roy, Masson, hacen deliberadamente suprarrealismo. De la contemplación y de la lectura de sus obras se puede deducir que tienen la pretensión—y lo logran a veces—de superar lo real para entroncar las concepciones de arte en la especulación psíquica y cerebral. Expresión del subconsciente en la cual la imaginación opera apoyándose en los recuerdos de la infancia o en los sueños.

El arte será así producto de la transmutación de una realidad que vive impasible e impalpable en la humanidad. Nos encontramos—en cierto modo—ante una forma de impresionismo patológico en el cual la preceptiva literaria y la técnica pictórica son sólo un medio o pueden estar ausentes con tal que sobre la pintura o la poesía vague omnipresente el sueño del artista.

Pueden estar ausentes esos soportes si el pintor o el poeta tienen tanta fuerza creadora que ellos se hagan innecesarios. Pero éste—¡ay!—no es el caso de Braulio Arenas y Jorge Cáceres, quienes no suplen con una expresión magistral ausente lo árido del pensamiento. Los dos conocidos poetas del grupo «Mandrágora» se han lanzado con alegre e ingenua despreocupación a la aventura azul de una exposición (?) suprarrealista.

Estos contumaces mosqueteros del arte más avanzado han reunido en la Biblioteca Nacional unos objetos heteróclitos, sacados de no se sabe qué rincones empolvados, y con ellos han

abierto las puertas de esta sala destartada a la curiosidad y a la ironía de las gentes.

En puridad se trata de un conjunto de *objetos encontrados* bautizados con nombres poéticos por Braulio Arenas y Jorge Cáceres: *Poemas en relieve*, *Sueños y delirios*, *La Princesa Subterránea*.

Carentes de la más elemental preparación técnica vienen con la pretensión desmedida de vitalizar y vigorizar la pintura como si estos *collages* y *frottages* fueran vitaminas pictóricas. No se puede hacer arte sin un conocimiento elemental de sus reglas. Paul Valéry en su «Introduction à la Poétique» ha dicho: «Todas las artes admitían antes el ser sometidas cada una, según su naturaleza, a ciertas formas o modos *obligatorios* que se imponían a todas las obras del mismo género y que debían y podían enseñarse como se hace con la sintáxis de una lengua». Esto no ha dejado nunca de ser necesario. Los cuadros de Salvador Dalí, y los de Giorgio de Chirico, y las estampas abstractas de Joan Miró, están trazados sobre el cañamazo de una técnica rigurosa. Y así suele ocurrir con todos los artistas que han intentado la aventura de revolucionar la estética.

La exposición está lejos de todo contacto con la sinceridad. Esto, en artistas que se lanzan a desafiar la opinión del público, es imperdonable.

Nuestras consideraciones no impiden reconocer—sería pueril—la enorme influencia que ha tenido esta escuela sobre el arte actual. Dejando a un lado los inevitables excesos en que incurren algunos de sus devotos—como la *fumisterie* de Arenas y Cáceres—, es preciso señalar que el suprarrealismo, con el cubismo, representa una conquista de gran valor en la marcha segura y ascendente del espíritu.

Grabados

En Joaquín Macías y en Pedro Lobos tiene el grabado dos cultivadores de gran calidad. Presentan ambas exposiciones la